

PAISAJES DE LA MUERTE EN LA CIUDAD DE MÉXICO – LA MUERTE PREHISPÁNICA

ÓSCAR MOLINA PALESTINA

Maestro y Doctor en Historia del Arte, Profesor Asociado en el Departamento de Arte del Centro de Enseñanza para Extranjeros da Universidad Nacional Autónoma de México.
ompalestina@yahoo.it

RESUMO ABSTRACT

Se considera que la relación entre los mexicanos y la muerte es más cercana que aquella que mantienen otras naciones del orbe. El presente artículo se refiere al vínculo entre muerte, sacrificio y equilibrio del mundo de acuerdo a la cosmogonía mexica a partir de dos imágenes: el escudo nacional, que recrea el mito fundacional de México Tenochtitlan y el tzompantli; andamiaje donde eran colocadas las cabezas de los sacrificados.

It is considered that relationship between Mexicans and death is closer than other nations in the world. This article refers the link between death, sacrifice and balance of the world according to the Mexican cosmogony from two images: the national shield, which recreates the founding myth of Mexico Tenochtitlan and the tzompantli; scaffolding where the heads of the sacrificed were placed.

Palavras-chave:
paisaje, muerte, ciudad, México

Key words:
Landscape; death; Mexico; city



...para el mexicano moderno la muerte carece de significación. Ha dejado de ser tránsito, acceso a otra vida más vida que la nuestra. Pero la intrascendencia de la muerte no nos lleva a eliminarla de nuestra vida diaria. Para el habitante de Nueva York, París o Londres, la muerte es la palabra que jamás se pronuncia porque quema los labios. El mexicano, en cambio, la frecuenta, la burla, la acaricia, duerme con ella, la festeja, es uno de sus juguetes favoritos y su amor más permanente. Ciertamente, en su actitud hay quizá tanto miedo como en la de los otros; mas al menos no se esconde ni la esconde; la contempla cara a cara con impaciencia, desdén o ironía...

Octavio Paz.¹

EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, obra del Premio Nobel de Literatura, Octavio Paz, es uno de los textos principales que se usan como referente para hablar de la esencia del mexicano desde que fue publicado hacia mediados del siglo 20. Para aquel entonces y después de más de un centenario de luchas fratricidas, México parecía haber alcanzado un consenso en la definición de "lo nacional", en un país de casi dos millones de kilómetros cuadrados donde lo más constante es su diversidad. Entre las

características más particulares de nuestro pueblo se ha destacado la relación que mantenemos con la muerte; la cual, se considera, es más cercana que la que manifiestan otras naciones del orbe; tan es así que la UNESCO ha declarado como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad los festejos indígenas del Día de Muertos². Esta idea de la camaradería entre la muerte y el mexicano continúa siendo alimentada por productos de la cultura popular en últimas fechas, baste señalar la secuencia del festejo de Día de Muertos *hollywoodense* con el que inicia el film *Spectre* (2015) parte de la saga de James Bond; la película de Disney Pixar *Coco* de 2017 y la serie *Carbon Altered* de Netflix de 2018, en la que la coprotagonista, una policía de origen mexicano, celebra el Día de Muertos llevando a su abuela al festejo con su familia, aunque con otro cuerpo, gracias a la tecnología con la que se cuenta en el futuro planteado por la serie.

Todo ello ha colaborado en la difusión, pero también en la banalización del conocimiento de las tradiciones funerarias mexicanas, no sólo de las que actualmente se viven, sino también de aquellas que se experimentaban siglos atrás. El presente texto forma parte de un ensayo cuya intención es ofrecer una visión de la relación entre la muerte y el mexicano en diferentes momentos de su historia –en esta ocasión tocando el periodo prehispánico– y cómo la misma ha incidido en la conformación de los paisajes en la ciudad de México, capital del país.

Como señalaba al inicio, ante la diversidad cultural, es complejo hablar de una única idea de la muerte, ello aplica en todos los periodos históricos, comenzando por el precolombino. Son muchas las culturas que se desarrollaron en el territorio mexicano previo al arribo de los españoles; la más conocida es precisamente la que tuvo contacto con ellos y fue derrotada en 1521; la mexica. Es de este pueblo de donde proviene la leyenda que daría lugar a la fundación de la ciudad de México Tenochtitlan, la cual contiene el germen de su relación con la muerte y que sorprendería a los españoles a su arribo a la cuenca de México. Los paisajes de la muerte en la ciudad de México Tenochtitlan

PAISAGENS HÍBRIDAS

no se pueden entender sin hablar del mito de su fundación, cuya representación visual corresponde al escudo nacional: un águila devorando a una serpiente posada sobre un nopal. (Il. 1)



Il. 1: Francisco Eppens Helguera, Escudo Nacional de México.
 Fuente: ilustración digital a partir del original diseñado en 1968.

EL ÁGUILA Y EL NOPAL – ÁRBOL DE SACRIFICIOS, ORIGEN DEL PUEBLO DE MÉXICO.

Cuenta una antigua leyenda recogida por diversos cronistas en el siglo XVI y que puede observarse en varios códices como el Mendocino, Boturini o Durán; que un grupo de tribus del norte recibieron el mensaje de Huitzilopochtli, dios de la guerra, quien los conminó a salir en la búsqueda de un nuevo lugar donde asentarse, que sería el origen de un gran imperio. Para reconocer el sitio, les indicó una señal: un águila que se encontraría posada sobre un nopal. Esa migración hacia las tierras del sur, más prósperas y benignas, los condujo después de largos avatares a un islote ubicado en el lago de Texcoco, donde encontraron la señal que daría origen a la gran ciudad de México Tenochtitlan.

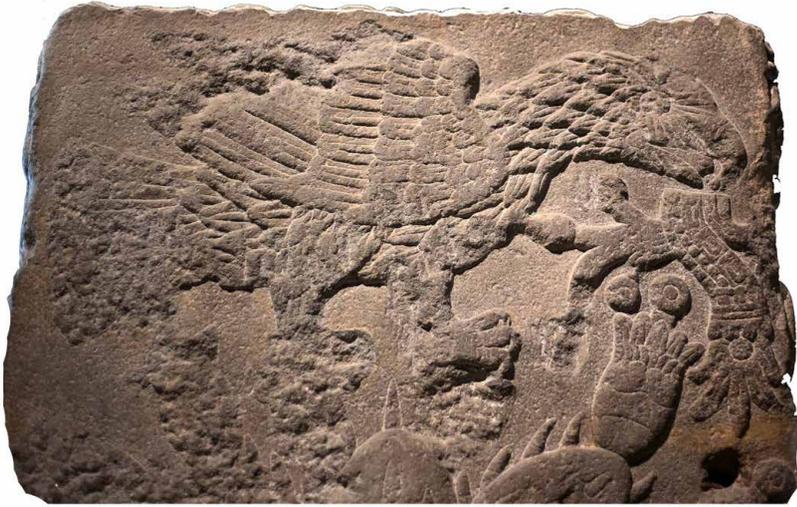
Algunos detalles de este mito fueron modificados a lo largo del tiempo, el más significativo fue la introducción de un tercer personaje, una serpiente enfrascada en una lucha con el águila; su presencia contribuyó en la confusión del significado original de la señal; el

enfrentamiento entre el ave y el reptil ha ocupado la atención en las interpretaciones, las cuales se han fusionado con la ideología cristiana, viendo en ello una batalla entre el bien y el mal o en el mejor de los casos, una lucha entre contrarios.

Si bien es cierto que ambos animales tienen una importancia fundamental en la cosmogonía prehispánica, siendo representantes de lo terrenal y lo celestial, el día y la noche, lo ígneo y lo acuático; la presencia de la serpiente ha sido puesta en discusión dado que no es un elemento constante en las imágenes relacionadas con la fundación de la ciudad. Una de las piezas más conocidas sobre esta leyenda la representa el *Teocalli de la Guerra Sagrada* (Il. 2), escultura monolítica que se encuentra actualmente en el Museo Nacional de Antropología y que en su parte frontal representa una pirámide, mientras que en la parte posterior se encuentra ilustrada la historia del origen de la fundación de Tenochtitlan. En ella se observa al águila sosteniendo sobre su pico una forma curva que no es la serpiente, sino el atl tlachinolli, “el agua que quema”, símbolo de la sangre. En el concepto “agua quemada” se encuentra fusionada nuevamente la idea de la unión de contrarios, que se ha consolidado en la lucha entre el águila y la serpiente³.

La disputa entre estos personajes ha desplazado a un plano secundario la presencia del nopal, el cual pareciera un elemento ambiental; cuando en realidad resulta de primer orden y da sentido a las costumbres sacrificiales del pueblo mexica que tuvieron gran importancia en la conformación del paisaje de su ciudad.

El nopal (*Opuntia ficus-indica*), es una planta cactácea del centro del país que se desarrolla en un clima semiárido; va creciendo a través de pencas que son comestibles y que al paso del tiempo se van haciendo rígidas para generar nuevos brotes, lo que le permite alcanzar mayor altura, tomando la apariencia de un árbol. Prácticamente toda la planta es comestible, aunque es su fruto, la tuna, una de las partes más apreciadas. (Il. 3)



Il. 2: *Teocalli de la guerra sagrada* (detalle), basalto, 123 x 92 x 100 cm., Museo Nacional de Antropología, México. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.
 Fonte: Fotografía OMP.



Il. 3: *Nopal, tuna y flor*, 2018.
Opuntia ficus-indica.
 Fonte: Fotografía OMP.

La tuna presenta una piel cubierta de espinas y puede ser de varios colores, entre los que destacan el verde, amarillo y rojo. Frente a lo agreste de su apariencia externa, guarda en su interior una pulpa rica en agua, por lo que es muy apreciada por las especies animales de las zonas donde crece. La forma de la tuna es ovalada y regular, más grande en su alto que en su ancho. Esta fruta, cuando es de color rojo, puede recordar un corazón. Es en este punto donde llegamos al simbolismo del nopal dentro de la leyenda de la fundación de México Tenochtitlán, la planta representa un árbol de corazones que servirá de asiento al águila.

Retomemos la presencia del águila en la historia. Esta ave ha sido apreciada por diversas culturas dadas sus características físicas y habilidades naturales (astucia, fortaleza, visión privilegiada), por lo cual ha sido vinculada con diversas representaciones divinas; basta señalar el águila que acompaña a Zeus o a San Juan evangelista, por citar un par de ejemplos. Los pueblos prehispánicos relacionaron al águila real (*Aquila chrysaetos*) con el culto ligado al sol, de este modo se transformó en el animal totémico representante del astro que conserva la vida en la tierra, aunque no de forma gratuita.

Según la cosmogonía mexicana, para mantener su movimiento, era necesario ofrecer la sangre de los hombres. En el símbolo del pueblo mexicano está inmersa la idea del sacrificio; es el nopal el árbol de corazones ofrecidos para alimentar al sol –representado por el águila– y de esta manera mantener el equilibrio en el cosmos. Es el escudo nacional una exaltación al sacrificio, a la vida, pero también a la muerte, cuyo balance mantiene el orden universal. Bajo esta perspectiva, la lucha entre el águila y la serpiente complementa la idea del equilibrio entre contrarios; mientras que la presencia del *atl tlachinolli* como símbolo de la sangre, igualmente da sentido al concepto de sacrificio humano, pues ese líquido sirve de alimento a la presencia solar.⁴

Enrique Florescano, uno de los más importantes estudiosos de los símbolos patrios emanados de la tradición prehispánica, señala que la leyenda de la fundación de la ciudad de México Tenochtitlan debió conformarse hasta que el pueblo mexicano había conseguido su preeminencia sobre los otros pueblos mesoamericanos a los que mantuvo sometidos⁵. Esta historia serviría para justificar los sacrificios que de manera sistemática practicó dicho pueblo sobre sus vasallos a lo largo de casi dos centurias que corrieron desde la fundación de la ciudad (hacia la primera mitad del siglo 14), hasta su derrota frente a los españoles en 1521.

Si bien los sacrificios humanos fueron una constante en muchas culturas americanas antes de la llegada de los europeos, fueron los mexicanos

los que destacaron tanto en su número como en los procedimientos para llevarlos a cabo. Originarios del norte, donde se desarrollaron culturas seminómadas que debían enfrentarse por la obtención de recursos; el asentamiento en la cuenca de México no debió modificar de forma relevante su actitud frente a los pueblos vecinos. A través de múltiples guerras fueron estableciendo alianzas y sometiendo plazas de las cuales obtenían a los individuos a ofrendar para favorecer a sus dioses y mantener el equilibrio cósmico. En este sentido, los pueblos tributarios se transformaron en cantera para la construcción del gran imperio y su ciudad. Y no sólo en un sentido figurado.

LOS SACRIFICIOS Y EL TZOMPANTLI – BOSQUE SACRIFICIAL, COMO PARTE DEL PAISAJE DE LA CUENCA DE MÉXICO.

Desde que vimos cosas tan admirables, no sabíamos qué decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, y veíamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchos puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México...

Bernal Díaz del Castillo⁶.

El símbolo señalado por el dios Huitzilopochtli para la fundación de la capital del imperio mexicana fue encontrado en un islote del lago de Texcoco, ahí dio inicio a la edificación de su ciudad. La geografía a la que debieron enfrentarse no les fue muy generosa; la porción de tierra disponible para tal tarea no resultó suficiente, por lo que idearon un sistema a base de chinampas (pequeñas balsas cubiertas de tierra y fijadas con cañas), para ir ganando terreno al agua que tampoco resultaba muy benévola, pues además de que en algunos periodos llegaba a desbordarse al interior de la ciudad, no era apta para beber, por lo que debieron construir un acueducto para conducir agua potable desde los manantiales de Chapultepec hasta la población.

Al paso de los años los mexicas fueron transformando el paisaje lacustre construyendo caminos de piedra que les permitieron conectar la ciudad con tierra firme y levantando una albarrada en la zona oriente con el fin de controlar las aguas. Al interior fueron edificando grandes estructuras palaciegas y templos para sus deidades, que fueron admiradas desde la lejanía por Hernán Cortés y sus soldados al llegar a las orillas del lago de Texcoco. La urbanística alcanzada por los mexicas resultaba sorprendente para aquellos hombres llegados de ultramar, y así lo reseñaron en diversos escritos; pero lo más sorprendente aún les aguardaba. Cierto es que Cortés y sus hombres ya llevaban un tiempo conociendo las culturas precolombinas, sus ciudades y tradiciones, pero nada se igualaría a lo que vieron al interior de la capital del imperio mexica.

El primer encuentro entre Hernán Cortés y Moctezuma, gobernante de Tenochtitlan, se dio a las afueras de la ciudad, en el camino que conducía hacia el sur. De ahí fue llevado junto con sus hombres a unas habitaciones de las que no saldría hasta unos días después, cuando se dirigió, junto con sus soldados, a la plaza mayor, con la finalidad de conocer la urbe y el adoratorio dedicado a la deidad principal: Huitzilopochtli, dios de la guerra. Ese adoratorio, *Templo Mayor* de los mexicas, era compartido con otra deidad; Tláloc, dios del agua. De acuerdo a los cronistas la construcción tenía una altura similar a las torres que se alzaban en Sevilla.

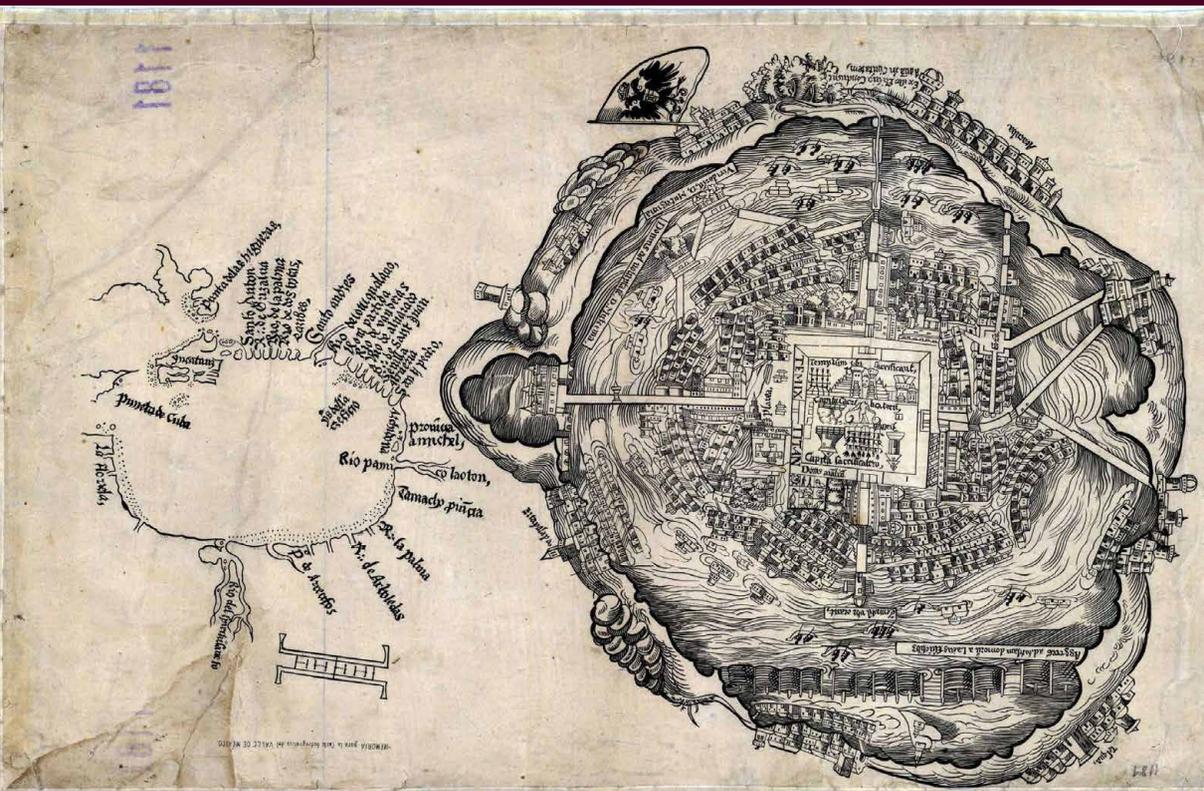
Esta estructura de forma piramidal, no sólo era el asiento de Huitzilopochtli sino que conmemoraba también su nacimiento. De acuerdo con el mito recogido en el *Códice Florentino*⁷, este dios era hijo de Coatlicue (diosa de la tierra) y hermano de Coyolxauhqui (deidad cósmica relacionada con la luna) y los cuatrocientos Surianos (estrellas del sur), quienes habían nacido antes que él. La historia cuenta que un día Coatlicue, mientras barría en lo alto del Coatepec (cerro de la serpiente), se encontró una bola de plumas, las cuales colocó en su seno mientras seguía con su labor. Al concluir su actividad y buscar la esfera guardada, ésta había desaparecido, fue así que quedó encinta.

Tanto Coyolxauhqui como sus hermanos se sintieron ofendidos frente al embarazo de su madre, por lo que planearon su muerte. Cuando estaban prestos a ejecutarla, Huitzilopochtli nació como un hombre adulto armado y listo para la guerra, enfrentando a sus hermanos y acabando con ellos. Su hermana se llevaría la peor parte, pues fue decapitada, mientras que su cuerpo fue lanzado desde lo alto del cerro, terminando desmembrado a sus faldas.

La forma del Templo Mayor recuerda a la colina desde la que fue arrojada Coyolxauhqui por Huitzilopochtli, quien se asentaba en lo alto. En uno de los escalones del edificio se esculpió una cabeza que rememora la decapitación de la diosa, mientras que en el arranque de la pirámide se hallaba una piedra monolítica donde se le representó desmembrada. Es así como el Templo Mayor en su arquitectura evocaba esta historia que fue recreada una y otra vez a través de los múltiples sacrificios llevados a cabo en este sitio.

Sería hasta el año de 1978 cuando, por accidente, se encontró la piedra de la Coyolxauhqui y gracias a ella comenzaron las exploraciones en torno a la estructura piramidal que sólo era conocida a través de las crónicas y de las imágenes elaboradas en el siglo 16. Una de ellas es el *Plano atribuido a Hernán Cortés*, fechado hacia 1524 e impreso en Nuremberg (Il. 4). Su autor no debió ser él, sino un artista europeo que se basó en las narraciones del conquistador, y hay que señalar que no obstante no haya estado en América, produjo un documento aproximado a la estructura urbana de la antigua ciudad.

La parte central representa la plaza mayor de Tenochtitlan, referida como *Temixtitan*, (Il. 5); en ella podemos observar el Templo Mayor, en cuyo centro se hallan dos torres de reminiscencia europea que sugieren la doble advocación del edificio (Tláloc y Huitzilopochtli). Entre ambas se ubica una cabeza bajo la cual, fuera de la pirámide, hay un cuerpo decapitado (probable recreación del mito y referencia al monolito descubierto hace cuarenta años). Más abajo vemos una estructura a manera de rejilla en cuyas intersecciones se ven círculos



II. 4: Plano de la ciudad prehispánica México-Tenochtitlan, que se atribuye a Hernán Cortés, papel común impreso, 22 x 34 cm.

Fonte: Mapoteca Manuel Orozco y Berra Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, SAGARPA.

II. 5: Plano de la ciudad prehispánica México-Tenochtitlan, que se atribuye a Hernán Cortés (detalle), papel común impreso, 22 x 34 cm.

Fonte: Mapoteca Manuel Orozco y Berra Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, SAGARPA.

con líneas semejantes a cabellos; este armazón es similar a otro ubicado al costado izquierdo del Templo Mayor. Dichas estructuras representan *Tzompantlis*, andamios formados por una serie de palos entrecruzados en los que se colocaban las cabezas de los sacrificados, como se puede leer en latín junto a la imagen.

Como señalamos anteriormente, los sacrificios humanos eran necesarios para mantener la armonía cósmica según los mexicas. Su ejecución requirió de un aparato litúrgico sumamente complejo, del cual emanaron imágenes plasmadas en códices, pinturas y esculturas que al día de hoy siguen sorprendiendo. El proceso sacrificial dependía del tipo de celebración y deidad a la cual había que venerar. La obtención de la sangre, líquido vital, pareciera ser constante en todos ellos. La extracción del corazón igualmente resultaba importante en los ritos, sobre todo en aquellos ligados a Huitzilopochtli; con ello se repetía el ciclo fundacional de la ciudad, en el que se le ofrendaban corazones a la deidad solar. El destino de las vísceras y otros elementos ha sido documentado por diferentes estudiosos, llamando particularmente la atención el uso que se le dio a las pieles de los sacrificados en las festividades dedicadas a Xipe-Totec. Prácticamente no existió parte del cuerpo del sacrificado que no haya sido aprovechado con fines rituales, destacando de forma particular el cráneo. Los cráneos resultantes de los sacrificios tuvieron como destino su exhibición en las estructuras llamadas *tzompantlis*.

De entre las descripciones de la ciudad de Tenochtitlan hechas por los cronistas, resultan relevantes las que se refieren a estas estructuras, destacando el llamado *Huei Tzompantli*, pues a diferencia de otros referenciados y representados en Mesoamérica, éste debió ser de dimensiones colosales. Sigamos la narración brindada por Andrés de Tapia.

Estaban frontero de esta torre (se refiere al Templo Mayor) sesenta o setenta vigas muy altas hincadas desviadas

de la torre cuanto un tiro de ballesta, puestas sobre un teatro grande, hecho de cal e piedra, e por las gradas dél muchas cabezas de muertos pegadas con cal, e los dientes hacia fuera. Estaba de un cabo e de otro destas vigas dos torres hechas de cal e de cabezas de muertos, sin otra alguna piedra, e los dientes hacia fuera, en lo que se pudie parecer, e las vigas apartadas una de otra poco menos que una vara de medir, e desde lo alto dellos fasta abajo puestos palos cuan espesos cabien, e en cada palo cinco cabezas de muerto ensartadas por las sienes en el dicho polo: e quien esto escribe, y un Gonzalo de Umbría, contaron los polos que habie, e multiplicando a cinco cabezas cada palo de los que entre viga y viga estaban, como dicho he, hallamos haber ciento treinta y seis mil cabezas, sin las de las torres.

Las torres que sostenían los andamios parecen corresponder a las de planta circular representadas en el plano antes citado; estas estructuras, según la narración, fueron construidas usando como cantera los cráneos de los sacrificados. Si bien Tapia habla de ciento treinta y seis mil cabezas, Durán calcula que eran ochenta mil, cifra que aún pareciera excesiva.

Durante las excavaciones realizadas entre los años 2015 y 2017 como parte del programa de Arqueología Urbana que se desarrolla de forma permanente en las inmediaciones del Templo Mayor, las narraciones del *Huei Tzompantli* parecen haber encontrado finalmente su correspondiente objetual. Si bien el descubrimiento de ofrendas sacrificiales resulta común en las exploraciones en esta zona, lo hallado en las inmediaciones del predio de la calle de Guatemala 24 en el centro de la Ciudad de México, que se ubica en la parte frontal del antiguo Templo Mayor, refiere a dicha estructura. Hasta finales del año pasado, en una de las torres halladas cuyo diámetro alcanza los 3.60 metros, se habían identificado 450 cráneos, la mayoría correspondientes a jóvenes de sexo masculino, aunque también se han hallado cráneos femeninos y de infantes.⁹

El centro del Plano atribuido a Hernán Cortés, que corresponde al corazón de la antigua México Tenochtitlan, representa el paisaje simbólico que selló del pacto entre los dioses y el pueblo mexicana; el Templo Mayor, a manera de cerro, albergaba en su cúspide los adoratorios de los dioses principales, Huitzilopochtli, quien los condujo a la tierra prometida y Tláloc, deidad del agua vital. Frente al templo, remembranza de ese cerro mítico que vio nacer a su guía, se encontraba el *Huei Tzompantli*, andamiaje que como bosque sacrificial¹⁰ germinaba y crecía con las cabezas de aquellos hombres, mujeres y niños que eran ofrendados para alimentar con su sangre al ciclo cósmico que mantenía la vida.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE MÉXICO TENOCHTITLAN

De la fundación que tuvo como señal un águila posada sobre un nopal –árbol de sacrificios, la ciudad de Tenochtitlan se alzó como un gran imperio que alcanzaría múltiples regiones que sirvieron de cantera para obtener a los individuos a sacrificar, cuyas cabezas empaladas fueron exhibidas en el *Tzompantli*, que de manera simbólica se levantaba como un gran bosque sacrificial en el centro de la urbe. El nopal florecía con las tunas-corazones, mientras que los *tzompantlis* lo hacían con las cabezas de las víctimas. De ese paisaje fueron testigos Hernán Cortés y sus hombres; y no sólo ello, también algunos soldados alimentaron aquella empalizada en los días de la lucha por la Conquista de México. El pintor Adrián Unzueta recrearía varios siglos después este episodio en su obra *Sacrificio de españoles por mexicas* (1898) (Il. 6), donde se observa en la parte central a un sacerdote mexicana ataviado con penacho y túnica roja sosteniendo la cabeza de un hombre blanco y barbado. A los pies de la mesa de sacrificio se ven cuerpos decapitados de hombres cubiertos con taparrabos, que pueden corresponder no sólo a españoles, también a nativos aliados con ellos en su lucha por acabar con la hegemonía mexicana. Al fondo, el cuerpo de un hombre barbado ya muerto es conducido a la mesa sacrificial. En la parte superior se observa la torre de cráneos, espectáculo macabro que se complementa por los empalamientos

Il. 6: Adrián Unzueta, Sacrificio de españoles por mexicas, óleo sobre tela, 1898. Museo Nacional de Historia. Fonte: Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.



del *Tzompantli* representado a la derecha, donde cabezas frescas conviven con cráneos descarnados. Al fondo a la izquierda se adivina la estructura correspondiente al Templo Mayor.

Como señala Octavo Paz, para los mexicas lo esencial era asegurar la continuidad de la vida a través del sacrificio, por lo que éste “... *no entrañaba la salvación ultraterrena, sino la salud cósmica; el mundo, y no el individuo, vivía gracias a la sangre y a la muerte de los hombres.*”¹¹ Esta visión contrastaría con la que los españoles importarían hacia América una vez conquistado el pueblo mexica. La cosmogonía prehispánica cedería su lugar a un nuevo panteón que desde Europa se embarcaría al Nuevo Mundo para evangelizar no sólo a los vivos, sino también a la muerte, que aprendería nuevas formas de hacerse presente en el pueblo mestizo que estaba por emerger de aquellas batallas. Un nuevo capítulo se escribiría en las relaciones entre la muerte y los mexicanos.

REFERÊNCIAS

CHÁVEZ BALDERAS, Ximena, Lorena Vázquez Vallín, Del Tzompantli al Templo Mayor. Reutilización de cráneos en el recinto sagrado de Tenochtitlan, en *Arqueología Mexicana In: Revista bimestral México: Raíces*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, noviembre-diciembre 2017, v. XXV, n. 148, p. 58-63.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México: Del Valle de México, s/f.

FLORESCANO, Enrique, *La bandera mexicana*. México: Taurus, 2000.

GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín, Relación hecha por el señor Andrés de Tapia sobre la conquista de México, Buenos Aires, Biblioteca Virtual Universal, 2010. Disponible en <http://www.biblioteca.org.ar/libros/156447.pdf> Fecha de consulta: 10.feb.2018.

LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *El conejo en la cara de la luna. Ensayos sobre mitología de la tradición mesoamericana*, México: Era/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2012.

PAZ, Octavio, *El Laberinto de la Soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

SAHAGÚN, Fray Bernardino de, Historia general de las cosas de Nueva España (Códice Florentino), Libro III, Capítulo 1, Del principio que tuvieron los dioses. Word Digital Library, Disponible en <https://www.wdl.org/en/item/10096/view/1/413/> Fecha de consulta: 10.feb.2018.

TIESLER, Vera, Simbolismo de la cabeza en Mesoamérica, en *Arqueología Mexicana Revista bimestral, México: Raíces*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, noviembre-diciembre 2017, v. XXV, n. 148, p. 22-27.

NOTAS

¹ Paz, 1999, p. 62-63.

² Inscrito en 2008 en la Lista Representativa y proclamado en 2003.

³ Dadas las intenciones del presente ensayo, no se profundizará más sobre el tema, si es de interés se puede consultarse a Enrique Florescano, *La bandera mexicana*, p.15-36

⁴ Otra interpretación de este símbolo puede consultarse en López Austin, 2012, p. 75-86.

⁵ Florescano, 2000, p. 25.

⁶ Díaz Del Castillo, p. 315.

⁷ Libro III, capítulo 1.

⁸ García Icazbalceta, 2010, p. 17-18.

⁹ Chávez Balderas y Vázquez Vallin, 2017, p. 61.

¹⁰ En su artículo "Simbolismo de la cabeza en Mesoamérica, Vera Tiesler señala que los andamiajes "evocaban al bosque primigenio que nutría al cosmos" (2017, p. 27).

¹¹ Paz, 1999, p. 61.